

Pulsión de colapso

El capitalismo manda, pervierte, sostiene la riqueza de unos pocos y pisotea a los que lo nutren desde la base. Es un sistema individualista y creador de fronteras: no importa expulsar o utilizar al otro si contribuye al beneficio propio. El capitalismo se expresa a nivel macro en el funcionamiento de las super potencias globales, pero también en lo micro; en las pequeñas economías y en la satisfacción del deseo personal. Se trata de una maquinaria siempre en marcha a través de la cual los sujetos se autoexplotan y esclavizan a los que están en condiciones de inferioridad. Producción y destrucción se dan la mano en un proceso que, según el filósofo Byung-Chul Han, tiene que ver con la idea de pulsión de muerte freudiana, esa tendencia consustancial a los seres vivos de regresar a un estado inerte, que se manifiesta como angustia vital e impulso destructor. La argucia del capitalismo explica el pensador coreano, consiste en orientar estas fuerzas agresivas del ser humano hacia el crecimiento económico, con el efecto, no solo de olvidar el miedo inconsciente a la muerte, sino de creer que podemos llegar a vencerla.

«Cuanta más violencia se ejerce, tanto más poderoso se siente uno. La acumulación de poder para matar genera una sensación de crecimiento, de fuerza, de poder, de invulnerabilidad y de inmortalidad. (...) Matar protege de morir. Uno se apodera de la muerte matando. Un aumento de poder para matar significa una disminución de la muerte¹».

Ramón Mateos y Olalla G. Valdericeda abordan el perverso escenario capitalista actual, y sus consecuencias, sin anestesia. A través de una serie de obras multidisciplinares inciden en la crítica al sistema occidental y en la acumulación violenta impuesta por la ley del más fuerte. El acopio de materialidades (cortinas, cifras, monedas...) genera una tensión que parece dirigirse hacia un final o cambio drástico; sin embargo, este nunca llega: la injusta realidad sociopolítica se perpetúa una y otra vez. ¿Hasta cuándo durará la inercia ascensional que nos sitúa al borde del colapso? La respuesta no es muy esperanzadora, la repetición del pasado certifica que somos incapaces de aprender de él.

El carácter acumulativo en altura es evidente en las esculturas *Rapere* de Olalla G. Valdericeda. Presentadas a modo de tótems de adoración, están hechas con monedas de diversos países cuyo nexo común es el acuñe de aves, en su mayoría rapaces. La palabra rapaz proviene del latín, rapere, que significa rapto, robo y violación, de ella deriva también la palabra rape en inglés. En la parte superior de cada tótem, la primera moneda es siempre una superpotencia que, en alguno o varios momentos históricos, han sometido por medio de guerras, sanciones económicas etc. a diversos países. El más poderoso somete al débil para aumentar su mando y enriquecer su economía, como si vampirizase su vitalidad evitando así la muerte. A diferencia de las

¹ Byung-Chul Han. *Capitalismo y pulsión de muerte*. Artículos y conversaciones. Ed. Herder 1.^a edición digital, 2022. P.12.

culturas antiguas donde los tótems estaban dedicados a figuras y animales espirituales, estas estructuras geopolíticas rinden tributo al poder, la dominación y economía depredadora. La fragilidad con la que están engarzadas las monedas en una fina columna, transmite la sensación de que todo se puede desmoronar en cualquier instante.

En la contundente pieza escultórica de Ramón Mateos *Tapiz 2024*, la acumulación se expresa en forma de secuencia narrativa a través de cifras pintadas en cortinas, hechas de cadenas de aluminio, que el espectador tiene que atravesar para recorrer la galería. La primera corresponde al año pasado, 2024, y las siguientes, en ascenso, aluden a las personas que perdieron la vida intentando cruzar desde el norte de África a Europa llegando por España mediante diversas rutas (las Islas Canarias, las Baleares, el Estrecho de Gibraltar o el Mar de Alborán). Los números pertenecen a segmentaciones de la tragedia y funcionan a modo de pequeño relato: en el año 2024 desaparecieron 131 embarcaciones, en las que murieron 1.538 menores de edad de un total de 10.457 personas que trataron de cruzar y perdieron la vida. Detrás de esta cifra salvaje encontramos la última cortina con la imagen de la bandera azul estrellada. Europa, esa tierra prometida y “acogedora” a la que los migrantes se dirigen en busca de un futuro mejor.

La obra es performativa, se transforma con el tiempo y el uso cada vez que los espectadores apartan las cadenas al pasar. Poco a poco se van llevando los restos y se desgastan, de manera que el cumplimiento de su función implica su desaparición. El borrado material es una metáfora de la rápida pérdida de memoria a pesar de la brutalidad del acontecimiento. Los datos salen de un informe oficial tras acabar el año, están al alcance de todos y se han difundido en los medios de comunicación, pero el impacto en las conciencias es mínimo, apenas unos días y se da paso a algo nuevo. Son dramas fácilmente “traspasables”, en seguida se dejan atrás, igual que ocurre con las cifras: desde el día 1 de enero de 2025 la cuenta se pone a cero y comienza otra, como si la anterior nunca hubiese existido. El lugar soñado de los que viajan en pateras, la Unión Europea, es también traspasable, se esfuma en un segundo al constatar la cruda realidad a la que se enfrentan al llegar. La supuesta solidez y seguridad se diluye. Las cortinas remiten a los tapices típicos del ámbito rural que separan el exterior del interior, lo público de lo privado, la intemperie del cobijo. Aquí el paso es ilusorio, cada barrera cruzada, solo conduce al más puro desamparo.

Al traspasar la bandera, nos encontramos con la segunda parte del proyecto *Rapere (Constelación)* de G. Valdericeda, un cielo con estrellas de metal en el que, simbólicamente, descubrimos el entramado de fondo que permite las fatales cifras previas. Este peculiar firmamento es una amplia radiografía del panorama geopolítico actual a partir de los países que representan las monedas con aves acuñadas. Las rapaces, en ocasiones aviones, capturan sin piedad las presas ejerciendo su rol de depredadores. Son las grandes potencias imperialistas dominando el mundo en base a intereses económicos. Algunos apresamientos son obvios porque se trata de las guerras mainstream difundidas en los medios: Rusia comiéndose a Ucrania o un caza israelí atrapando la moneda palestina. Sin embargo, hay jugadas menos evidentes que no se basan en guerras declaradas, sino en razones mercantiles, como Francia devorando a Nueva Caledonia por el níquel, Ruanda al Congo por el

oro y el coltán o China a Gambia por la harina de pescado. También se dibujan escenarios más complejos en los que entra un tercer actor influyente; estos no atacan de manera directa, pero manejan los hilos desde detrás. Por ejemplo, la moneda de Sudán se come a otra de Sudán por estar en una guerra civil, pero, al mismo tiempo, Rusia también devora a Sudán porque les están vendiendo armas.

En la antigüedad, los sabios se guiaban por las estrellas para descifrar las leyes del universo, hoy la carta de orientación es la economía, aunque a veces ni siquiera nos damos cuenta de hasta qué punto nos domina y manipula. El display enfatiza la distancia con la que miramos los sucesos. Equipada con un catalejo de tierra, la obra invita al espectador a observar a los “astros” desde su mirador, como si se tratase de una realidad ajena a su vida corriente. Además, al echar un vistazo solo se puede ver un fragmento aislado del escenario completo, una estrategia similar a la de los mass media: visibilizan las guerras que afectan a las superpotencias, ocultando gran parte de la realidad global.

Por último, las dos piezas de Olalla G. Valdericeda del proyecto *Smile* aluden a los procesos de autoexplotación productivista que gobiernan nuestras vidas en la cotidianidad. La escultura es una comba para saltar compuesta por dos grilletes y una cadena hecha de monedas de dos euros que, al disponerse en la pared, parecen dos ojos y una siniestra sonrisa. En el vídeo aparece dicha comba activada por un performer, un hombre mayor, saltando sin parar y sonriendo en todo momento, incluso cuando tropieza o se hiere. La conversión del uso lúdico del juego de la comba en un deporte cruel para el cuerpo, muestra las relaciones entre la identidad individual y la colectiva, así como un sujeto que se esclaviza a sí mismo sin ser consciente de ello. El movimiento frenético en bucle y la pulsión de colapso nunca es suficiente, persigue un deseo insaciable construido por el capitalismo. La insistencia solo le aísla y le daña, pero es incapaz de verlo: se elimina la negatividad del dolor a favor de la positividad de la futura satisfacción de las necesidades creadas². Convencido de que algún día podrá alcanzarlas, sonrío y se dice «qué feliz soy».

Nerea Ubieto

² Ibidem P.18